

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

Exclusión social ¿desgracia o necesidad?

Santiago Zorrilla de San Martín

Tutor: Carmen Terra

2006

Agradecimientos

Las ideas presentadas en este trabajo están vinculadas a mi experiencia de trabajo. Por ello quería dejar un reconocimiento a todos aquellos con los que he compartido y comparto la tarea. Particularmente un agradecimiento a Ana Gesuele, Lauro Meléndez y Roberto Osoreo de quienes he aprendido mucho.

También un reconocimiento a todos "los gurises", quienes a través de nuestras discusiones, peleas y encuentros, inevitablemente están presentes. A Walter (paco) quien nos obligó a pensar en una propuesta educativa; a Lírca, Astarot y Washington quienes me pasaron un poco de su sabiduría.

Muchas gracias.

ÍNDICE

1 - Introducción	3
1.1 – Fundamentación	3
1.2 – Presentación	4
2 - Estado	8
3 - La integración: de la cohesión a la exclusión	10
3.1 – Breve reseña del caso uruguayo	14
4 - Consolidación de la exclusión	18
4.1 – Flexibilización laboral	19
4.2 – Desmantelamiento del Estado de Bienestar	21
4.3 – Segregación Residencial	23
5 - Los territorios de la pobreza	26
5.1 – La violencia y la desconfianza	26
5.2 – El miedo y el drama	28
5.3 – La integración	29
6 - Nuestro rol profesional	32
6.1 – ¿Integración social?	34
7 - Bibliografía	39

1 - INTRODUCCIÓN

1.1 - *Fundamentación*

El presente trabajo se basa en la experiencia de más de cinco años de trabajo en la implementación de un proyecto destinado a una población tipificada como “marginal”. El proyecto Casajoven está destinado a adolescentes que viven en “zonas rojas” de la ciudad, apostando a la “integración social”, sobre todo “haciendo un fuerte énfasis en la educación y el trabajo”. Este es un ejemplo (de tantos) de una política social del Estado, focalizada y tercerizada en manos de una ONG (Organización no Gubernamental), orientada a paliar las peores consecuencias de una política económica que favorece la inequidad, promoviendo el deterioro de las condiciones de vida de miles de ciudadanos.

Al introducirnos en barrios *marginales* o *excluidos* fácilmente podemos identificar algunos aspectos que impactan en nuestra vista: Violencia, deterioro del medio ambiente, delincuencia, personas sentadas todo el día sin una aparente actividad, drogadicción, madres adolescentes, mendigos, etc., todos hechos que, por lo menos, se enfrentan con nuestra concepción de lo que es un “buen –o correcto– vivir”.

Desde este lugar nos vemos obligados a relacionarnos con jóvenes, sus familias y vecinos de una realidad social diferente.

Como Trabajadores Sociales nuestro campo laboral está directamente vinculado a la pobreza. Por ello se nos vuelve necesario buscar marcos teóricos que permitan orientar nuestra intervención. Nos es necesaria una mirada crítica que colabore en romper con los prejuicios, y que nos ayude a cuestionar nuestro propio papel como agentes que trabajamos en barrios pobres, instrumentando políticas sociales destinadas a pobres.

A través de una recopilación bibliográfica y en base a la experiencia práctica se pretende dar un debate en torno a qué hablamos cuando hablamos de *excluidos* y qué repercusiones tiene sobre nuestro rol profesional.

Se sostiene la hipótesis que las transformaciones impulsadas por el neoliberalismo tienen su impacto en la representación de la pobreza y en el reconocimiento de la exclusión como inevitable.

El trabajo se presenta en forma general pero está muy vinculado a una experiencia particular. Consideramos esto una advertencia pertinente porque las formas de exclusión son múltiples y no se dan de igual forma. No es lo mismo la exclusión que se vive en el campo que en la ciudad, aún dentro de la ciudad existen diferencias entre los distintos barrios *excluidos* según su historia particular, etc.

1.2 - Presentación

Desde hace unas décadas que en Uruguay el fenómeno de la exclusión social ha pasado a ocupar un papel relevante. La falta de oportunidades, de conseguir empleo o de poder encontrar una alternativa de vida *digna* para un sector de la población se va consolidando como un dato de la realidad. Cada vez nos sorprende menos el ver niños mendigando o trabajando por unas monedas, familias enteras que viven de la basura, el consumo de pasta base, la violencia en la calle. Todos hechos que alimentan la idea de una problemática social en aumento.

El cambio de siglo recibió al país en una situación que muchos tal vez nunca imaginaron. La pobreza se encuentra concentrada en las ciudades, geográficamente ubicada y afecta principalmente a los más jóvenes llegando a un 60 % de los menores de 4 años según la línea de pobreza.

Esto ha provocado que se vuelva cada vez más común la discusión sobre la *exclusión social*, discusión que se acompaña de todas aquellas políticas orientadas a la *integración social*. Por lo general estas discusiones y las políticas sociales que las acompañan tratan a la “fragmentación social”, los “excluidos”, los “marginales”, etc. haciendo referencia a aquellas personas o sectores sociales que al mismo tiempo que se encuentran imposibilitados de acceder a un *mínimo* de los bienes y servicios que la sociedad define como *aceptables*, sus conductas presentan una problemática de *adaptación* a la sociedad.

Pero esta mirada no nos permite entender la complejidad del asunto al ubicarla en la inadaptación o imposibilidad de un sector social y no en las formas que la sociedad se da de repartir sus bienes. Este cambio de perspectiva nos obliga a concentrarnos en las formas en como se organiza la sociedad, sobre todo en las relaciones que se establecen entre los distintos sectores sociales. Nos obliga a tomar a “la exclusión social” redefiniéndola como un hecho de la organización social, dónde se legitima que la distribución de los bienes se realice de tal forma que un sector de la sociedad no acceda al mismo, obviamente beneficiando al resto. Por ello todas las mediciones de pobreza que se basan sobre límites mínimos aceptables, como las NBI o la línea de pobreza, si bien son un dato útil, tienden a ocultar lo que debería ser el eje del debate. Al depositar el problema en unas categorías ya sean individuales o colectivas, favorecen que se omita discutir cuales son los bienes que posee la sociedad y como se reparten entre todos sus miembros.

Para entender cabalmente el tratamiento que se le da al fenómeno de la exclusión, entendido como una condición social que no permite acceder a un *mínimo de bienestar*, debemos tener en cuenta que no hace mucho tiempo la pobreza era comprendida como un estadio pasajero, que con el desarrollo del país y del mundo se iría superando.

A mediados del siglo XX la sociedad se organizaba a través de unos principios que tendían a la atención de las necesidades de toda la población, sobre todo de los sectores menos favorecidos. El Estado al mismo tiempo que impulsaba servicios sociales públicos destinados a toda la población, se dedicaba a la promoción del pleno empleo y de la seguridad social que aseguraba jubilaciones y pensiones para aquellos que no se encontraban con la posibilidad de trabajar, por eso se ganó el nombre de Estado de Bienestar. Si bien existían distintos estratos sociales la intervención del Estado al asegurar el bienestar de los sectores sociales dominados junto con los proyectos de futuro favorecían una cohesión social en torno al Estado Nación.

El momento del cambio se produce hacia la década del 70. Gracias al desarrollo tecnológico se generaron las condiciones para una nueva forma de acumulación del capital. Se comenzaron a gestar transformaciones en los principios de organización social cuyo impacto más evidente se dio en las formas de organización del trabajo. De a poco se comenzó a atentar contra todas las formas de organización social, comenzando

por los Estados nación, pues el *nuevo mercado internacional* no era compatible con el proteccionismo de los años anteriores.

Los sectores menos favorecidos, al ir perdiendo las prestaciones y protecciones del Estado, pasaron a depender únicamente de su fuerza de trabajo en el momento en que también se dejó de asegurar un trabajo para todos.

La pobreza fue dejando de ser una etapa pasajera para convertirse en inevitable. Son los que sobran, para los que no hay trabajo y para los que los servicios sociales brindados por el Estado –cada vez más en manos de privados– dejan de ser un mecanismo de cohesión social para ser un indicador más de su vulnerabilidad.

En este contexto cabe reflexionar sobre qué significa ser pobre. Mucho se habla acerca de la fragmentación social, de la subcultura de la pobreza, de los excluidos o los marginales, y por lo general estas reflexiones ponen el énfasis en como los “mecanismos de integración social” están fallando, produciendo “dos subculturas distintas” dentro de la sociedad. Pero esta separación conceptual que se realiza termina colaborando con la construcción social del excluido.

Si pensamos en “excluidos” o en aquellos que quedan “fuera” tendríamos que pensar en otra sociedad, otros códigos, en las prácticas cotidianas no ajustadas al resto de la sociedad. Sin embargo las evidencias que nos demuestran lo contrario son muy contundentes. A modo de ejemplo solo hace falta observar como las estrategias de sobrevivencia de los que “están fuera” están vinculadas a las prácticas de los que “están adentro”, como sus consumos en vestimenta, que tanto escandalizan a mucho de los “integrados”, son consumos socialmente legítimos.

Contra los pronósticos optimistas de quienes impulsaron las transformaciones neoliberales la pobreza fue cambiando y, a diferencia de la pobreza de “la era de las protecciones”, ésta no solo no tiene trabajo sino que tampoco tiene expectativas de conseguir uno.

Sufren el estigma de ser los parias, los inadaptados, los que no logran integrarse, al mismo tiempo que se encuentran privados de los medios legítimos para asegurar “su integración”. Se encuentran en una lucha constante entre los intentos de legitimarse ante

un orden social, ante los mandatos de la dominación simbólica¹, y ese mismo orden que los segrega constantemente de las posibilidades reales de cumplir con las reglas.

Deben convivir en una situación ambigua, entre dejar de ser los parias y una realidad que se les impone diariamente que les brinda estrategias más eficaces pero que van en contra del discurso dominante (por ello más peligrosas). Y son estas estrategias las que se van consolidando como una forma institucional alternativa que funciona en defensa de las instituciones dominantes².

¹ Pierre Bourdieu "El sentido práctico". Ed. Taurus. Madrid, 1991.

2 - ESTADO

Es a través del Estado que la sociedad regula las formas que se da en organizarse. Es el poseedor y ejecutor de un poder simbólico que le permite, a través de un largo proceso, instituir las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas adaptadas a esas estructuras.

El poder simbólico del Estado radica en el reconocimiento de su representación universal, la cual se pone en práctica a través de la acción desinteresada en nombre del interés común.

A través de este poder contribuye en una parte importante a la producción y reproducción de los mecanismos de construcción de la realidad social, al imponer los principios de división entre las edades, los sexos, las clases, etc. y además es la legitimidad y eficacia de todos los ritos de institución que tienen la función de consagrar, de otorgar una identidad social, sobre todo a través del sistema escolar que puede generar diferencias duraderas (y a veces definitivas) entre los elegidos y los eliminados³:

“el veredicto de un juez o del profesor, los procedimientos de registro oficial, actas o atestados, los actos destinados a producir un efecto de derecho, las actas del estado civil, nacimiento, matrimonio o defunción, o las actas de venta, tienen la capacidad de crear (o de instituir), mediante la magia del nombramiento oficial, declaración pública o llevadas a cabo respetando las formas prescritas, por los agentes titulares, debidamente registrada en los registros oficiales, identidades sociales socialmente garantizadas (la de ciudadano, de elector, de contribuyente, de pariente, de propietario, etc.) o uniones y grupos legítimos (familias, asociaciones, sindicatos, partidos, etc.). Al enunciar con autoridad lo que un ser cosa o persona es en realidad (veredicto), en su condición social legítima, es decir lo que está autorizado a ser, lo que tienen derecho a ser, el ser social que tiene derecho a reivindicar, a profesar, a ejercer (por oposición al ejercicio ilegal), el Estado ejerce un verdadero poder creador, casi divino (y muchas luchas aparentemente dirigidas contra él, le reconocen de hecho este poder reclamándole que autorice una categoría de agentes determinados –las mujeres, los homosexuales– a ser oficialmente, es decir pública y universalmente, lo que por el momento sólo es para sí misma)”⁴.

² Lóic Wacquant “Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio”. Manantial. Bs. As., 2001

³ Pierre Bourdieu “Razones Prácticas”. Ed Anagrama, Barcelona, 1997. Cap 4 “Espíritu de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático”.

⁴ Idem pág. 114-15.

El Estado impone principios de visión y división duraderos que tienden a asegurar su reproducción. Y es gracias a este poder simbólico que los agentes o grupos de agentes, públicos y/o privados, luchan tratando de influir por imponer los principios de visión y de división que les son más convenientes.

Al contribuir, de forma importante, a construir los mecanismos de producción de la realidad social, lo que hace es colaborar en la determinación del espacio objetivo en el que se encuentran insertos los agentes. Espacio que delimita las posibilidades, materiales y simbólicas, de los agentes y entre las cuales estos producen sus prácticas. Por ello es que para poder entender el fenómeno de la “exclusión social” es necesario atender a las formas oficiales a través de las cuales se construye y consagran los que están condenados a la pobreza.

No es nuevo decir que los sectores sociales dominados, sobre todo aquellos que ocupan el lugar más bajo de la estructura social, son estigmatizados y humillados, señalándolos como *lo que no hay que ser*. Pero lo que ha cambiado en los sectores más pobres en los últimos tiempos es que su situación no parece tener solución.

Lo que desde el Estado se traduce en políticas sociales focalizadas (destinadas a ellos), represión policial, realojos habitacionales, desempleo y baja calidad de los servicios. Todos paliativos para una situación que lejos está de cambiar.

La marginalidad se va consolidando como parte del estilo de vida de miles de personas que ya no tienen expectativas de cambiar su situación. Cada vez va quedando menos lugar para el “pobre pero honrado”.

3 - LA INTEGRACIÓN: DE LA COHESIÓN A LA EXCLUSIÓN

Los Estados modernos se crearon sobre la utopía de la nación unificada e impulsados por el desarrollo científico y tecnológico y las promesas de los proyectos políticos que, ya fueran de derecha o izquierda, auguraban que la humanidad llegaría a un futuro mejor.

Las estrategias implementadas por los Estados de la posguerra se basaban en un control de la economía dentro de sus fronteras buscando sacar los mayores beneficios de los intercambios económicos con otras naciones. Motivado por el modelo keynesiano de acumulación que postulaba que la mejor forma de aumentar la demanda era aumentando el poder adquisitivo de los ciudadanos, el Estado se encargaba de promover beneficios para todos los sectores sociales, pues ello redituaba en su mayor capacidad de consumo.

Se tendía a buscar el pleno empleo y a implementar un sistema de seguridad social que cubriera las jubilaciones y las pensiones de aquellos que no se encontraban en condiciones de trabajar. Se promovía la inversión pública y la implantación de servicios sociales destinados a toda la población como mecanismo para asegurar que los ingresos se destinasen al consumo privado. Las estrategias implementadas apuntaban a la distribución de la renta, sobre todo hacia los sectores más pobres⁵.

El lazo de pertenencia se imponía a todos los ciudadanos más allá de las desigualdades. Los derechos sociales, los asegurados por el Estado y los que legítimamente conquistaban las organizaciones sociales, y el papel rector del Estado eran conceptos muy extendidos en la sociedad. La cohesión social lograda operaba disminuyendo –o negando– las tensiones ocasionadas por las diferencias de clase. Por un lado se imponía a toda la población una moral común, la aceptación de unas reglas de juego y como contrapartida se aseguraba la integración social.

Además de las protecciones sociales garantizadas por el Estado que brindaban una estabilidad en el presente, existían las promesas de un futuro mejor para todos. Esto aseguraba una integración simbólica también basada en una proyección a largo plazo,

⁵ Oscar Moreno “Algunas notas acerca de los efectos de la pobreza extrema en la infancia” en Eva Gilberti (comp.) “Políticas y niñez”. Ed. Losada, Bs. As., 1997.

pues si bien tal vez a corto plazo un obrero no pudiera cambiar su situación, la certidumbre en el presente le permitía tener o alimentar esperanzas de que tal vez sus hijos si mejorarían. Se asistía a un momento en el que se tendía a buscar una equidad social donde se promovía la participación política y la masificación del sistema educativo, este último visto como una herramienta que iba a acabar con las desigualdades.

Hacia la década del 70 asistimos a una nueva crisis del capitalismo a nivel mundial. Gracias al desarrollo tecnológico, el capital tenía la posibilidad de obtener mayor rentabilidad, pero para ello necesitaba no tener que seguir pagando los altos impuestos que se le imponían.

Los avances en la comunicación y en los transportes hicieron que cada vez se necesitara menos de la protección de un Estado porque existía la posibilidad de diversificar la producción en diferentes países según más conviniera, aprovechando los costos de producción más baratos, buscando mayor rentabilidad en menor plazo.

Se generó el terreno fértil para que las ideas neoliberales tomaran fuerza. A través de una “nueva verdad científica” se comienzan a introducir las ideas que justifican la desregulación de las protecciones sociales promoviendo la globalización de los mercados financieros. Los Estados comenzaron a liberalizar la economía y a bajar los costos de producción como forma de atraer capitales. Pero los capitales ya no estaban en busca de inversiones productivas sino atrás de buenas tasas de rentabilidad.

La “teoría neoliberal” se presenta con una validez de alcance universal que no solo trasciende a los Estados nación sino también que los cuestiona como agentes distorsionantes del mercado. Se entra en un proceso mediante el cual se tiende a cuestionar todas las estructuras colectivas capaces de obstaculizar la “lógica del mercado puro”: los Estado nación, los sindicatos, asociaciones, cooperativas, la familia, etc. Pretende instituir una racionalidad que se basa en la búsqueda de la maximización de la ganancia puramente individual de aquellos que poseen los capitales⁶.

La nueva forma de concebir la regulación económica es promovida por los Estados dominantes a través de instituciones financieras internacionales, quienes cumplen una verdadera función disciplinante. A cambio de préstamos de dinero para

solventar la crisis, estas instituciones obligan a los Estados a firmar la “carta intención”, comprometiéndolos a realizar transformaciones en la legislación y en la forma de administrar los recursos como condición para recibir la financiación. Transformaciones que apuntan a la liberalización de la economía permitiendo que los capitales entren y salgan de los países sin las restricciones del pasado. Y en caso de no contar con la *aprobación* de estas instituciones se corre el riesgo de enfrentar una vulnerabilidad financiera.

“La mundialización de los mercados financieros, unida al proceso de las técnicas de información, asegura una movilidad sin precedentes de los capitales y da a los inversores (o accionistas) preocupados por sus intereses inmediatos, es decir, por la posibilidad a corto plazo de sus inversiones, la posibilidad de comparar en todo momento la rentabilidad de las mayores empresas y sancionar, por consiguiente, los fracasos relativos. Las propias empresas, colocadas bajo esa amenaza permanente, tienen que ajustarse de manera cada vez más rápida a las exigencias de los mercados, so pena de «perder», como se dice, la «confianza de los mercados», y con ello el apoyo de los accionistas que, preocupados por conseguir una rentabilidad a corto plazo, son cada vez más capaces de imponer su voluntad a los managers, de fijarles unas normas, mediante las direcciones financieras, y orientar sus políticas en materia de contratación, empleo y salario”⁷.

La política económica neoliberal se lleva adelante dándole prioridad a los intereses económicos a corto plazo pero sin pensar en los costos sociales a largo plazo. Esto impulsando un verdadero trabajo político tendiente a la institucionalización de la desvalorización de lo público (o sea del Estado) frente a lo privado cuya eficacia se basa en la supuesta “acción racional” que le lleva a magnificar sus ganancias en el mercado económico⁸.

El Estado se retira de los sectores de la vida social de los que se responsabilizaba (vivienda, salud, educación, trabajo, etc.) pues es un *mal gestor que derrocha* mucho dinero. Debe reducir sus funciones al mínimo, acabar con el déficit fiscal y fomentar que cada individuo satisfaga sus necesidades en el sector privado.

Una consecuencia buscada en la instrumentación de este modelo económico fue bajar el costo de la mano de obra. Se instauró un régimen de precariedad laboral en

⁶ Pierre Bourdieu “Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal”. Ed. Anagrama Barcelona, 1999. Cap. “El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada”. Pág. 138.

⁷ Idem pág. 139-40.

⁸ Idem.

tomo a la baja del salario real, el desempleo y la pérdida o deterioro de la seguridad social.

Si al mismo tiempo que el Estado se retira como regulador en la distribución de la renta, se convierte el desempleo y la inestabilidad laboral en una constante, se fomenta un individualismo que borra la responsabilidad colectiva de la situación, donde se *justifica* el conseguir un lugar aunque esto sea a costa de dejar a otro afuera. El Estado va dejando de fomentar una cohesión social pacífica para fomentar la competencia entre los ciudadanos para que *triunfe el más apto*. Esta “sana competencia” promueve un “darwinismo moral” que cultiva la imagen del triunfador individual frente a la desvalorización de un poder público. Ya no somos responsables de las circunstancias sino víctimas de la desgracia.

Al retirarse, el Estado nación, tiende a perder su fuerza integradora. Y gracias al avance de los medios de comunicación y de todas las formas de publicidad se imponen objetos y bienes de consumo que, con una importancia cada vez más relevante, operan al nivel de la identidad.

Se comienza a fomentar una sociedad de consumo donde *el mercado* se va a encargar de atender las necesidades que hasta entonces cubría el Estado. El mercado se comienza a ver invadido por una gran variedad de productos importados de variadas calidades y precios. Los avances tecnológicos junto con la sociedad de consumo van haciendo la aparición de productos que hacen “la vida más fácil”. Pero la nueva estrategia está en que los bienes a consumir son simbólicamente perecederos. Al mismo tiempo que se demanda acceder a lo último en la moda el ritmo al que ha logrado avanzar la industria hace que siempre haya algo nuevo para consumir.

“Las identidades, se dice, han estallado. En su lugar no está el vacío sino el mercado. Las ciencias sociales descubren que la ciudadanía también se ejerce en el mercado y que quien no puede realizar allí sus transacciones queda, por así decirlo, fuera del mundo. Fragmentos de subjetividad se obtienen en esa escena planetaria de circulación, de la cual quedan excluidos los muy pobres. El mercado unifica, selecciona y, además, produce la ilusión de la diferencia a través de los sentidos extramercantiles que toman los objetos que se obtienen por el intercambio mercantil. El mercado es un lenguaje y todos tratamos de hablar alguna de sus lenguas: nuestros sueños no tienen demasiado juego propio. Soñamos con piezas que se encuentran en el mercado. Hace siglos, las piezas venían de otras partes, y no eran, necesariamente mejores”⁹.

⁹ Beatriz Zarlo “Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina”. Ed. Ariel. Bs. As., 1994. Pág 27.

En un contexto donde la *desgracia* de algunos es *inevitable* y en el que se exige estar a la altura de lo que se debe consumir, el “otro” ocupa cada vez un lugar menos importante. Las posibilidades de movilidad social han desaparecido para el sector más pobre de la población, y esto cada vez importa menos porque no hay lugar para la responsabilidad colectiva en una sociedad que promueve un individualismo basado en el disfrute del consumo.

Y si bien al mismo tiempo que se fomenta la sociedad de consumo emerge un sector social que no cuenta con los medios legítimos para participar en el mercado, la globalización electrónica permite que todos puedan encontrar en la tele algo propio y fantasear con lo otro, uno puede ser un consumidor real o un consumidor imaginario¹⁰. Pero sobre todo en aquellos sectores que se encuentran privados de una identidad con valor, el consumo se presta como una forma sencilla de pretender buscar ser mejor valorados socialmente.

Aún cuando la realidad se impone de manera incuestionable dejando a un tercio de la población por debajo de la línea de pobreza, a través de la infantilización de la pobreza o a través de los actos de violencia física que, más allá de la influencia mediática, se han vuelto moneda corriente, el modelo neoliberal se ha impuesto de una forma tan difícil de cuestionar que se carece de una alternativa al mismo, donde hay verdades que se presentan como incuestionables: el crecimiento máximo es el fin último, que no se puede resistir a las fuerzas económicas, la separación entre las políticas económicas y sociales. La miseria de muchos se volvió inevitable, es un costo del modelo de acumulación.

3.1 - Breve Reseña del Caso Uruguayo

Si bien no se puede afirmar la existencia de un *modelo universal* de Estado de Bienestar sí podemos hablar de “Regímenes de Bienestar Social”¹¹ que, más allá de las

¹⁰ Idem.

¹¹ Augusto Longhi “Sobre el Estado de Bienestar, su desarrollo en América Latina y su impacto sobre el bienestar social”. Informe de Investigación N° 26. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 2001

diferentes coyunturas, buscaron una redistribución de la renta que apuntara a corregir las desigualdades del mercado.

Tampoco se puede hablar de un triunfo del modelo neoliberal. Más que la desaparición del Estado de Bienestar lo que ha sucedido es el desvanecimiento del Estado Nación como metarrelato generador de un sentido que favorecía la cohesión. Pero las transformaciones ocurridas, o sus intentos fallidos, apuntaron a darle al mercado un papel cada vez más protagónico, con las consecuencias ya presentadas.

Después de la segunda guerra mundial el Uruguay se encontraba en una buena situación económica. A través de la sustitución de importaciones se distribuían las ganancias del sector agro exportador hacia el resto de la sociedad. Se encontraban extendidos los valores de la democracia y la libertad, y se creía en la capacidad de América del Sur como un continente lleno de riquezas. La seguridad social ocupaba un papel fundamental como medio de satisfacción de las necesidades de las masas. Las políticas de bienestar y de seguridad social se combinaron de tal forma que permitieron que emergiera una sociedad “hiperintegrada”¹².

Hacia fines de la década del 50 comienza un periodo de estancamiento económico que puso en cuestión el modelo de sustitución de importaciones sostenido sobre el sector agro exportador. Crisis que hizo entrar al país en el espiral de endeudamiento externo, firmando la primera carta intención con el FMI en setiembre de 1960.

Pese a las ideas fondomonetaristas el gasto social siguió en aumento. Esto debido a los conceptos keynesianos, pero también, como forma de menguar la tensión social generada por el estancamiento económico y las reivindicaciones de los sindicatos, de las organizaciones sociales y de los cada vez más fuertes partidos de izquierda. Una de las estrategias ampliamente utilizada fue la de absorber la mano de obra cesante del sector productivo en las empresas del Estado a través del clientelismo político.

Las “irracionalidades” del gasto y las presiones por los beneficios de las organizaciones políticas siguieron en aumento llegando el país a atravesar una fuerte

¹² Germán W. Rama “La democracia en Uruguay”. Ed. Arca. Mdeo., 1995.

crisis económica, social y política. Hacia fines de la década del 60 aparece en el discurso económico el problema del déficit fiscal¹³.

El golpe de Estado de 1973 dejó el campo fértil para la reestructura capitalista, que en el contexto político de la década pasada se hacía imposible. El gobierno de facto pretendía recomponer el orden institucional y acabar con la crisis económica. La reforma fiscal implementada en este período apuntó a acabar con el efecto redistributivista de la renta¹⁴.

Pero frente a lo que se esperaba el gasto público se mantuvo. Si bien se procedió a una fuerte persecución sindical, a la prohibición de la actividad política, a una fuerte ofensiva hacia el Estado y lo público y se redujo la inversión en educación, salud y seguridad social, el gasto aumentó en otras áreas como ser defensa o en los subsidios al sector exportador.

El desempleo y la baja del salario real se volvieron comunes y los trabajadores ya no contaban con organizaciones sociales que los pudieran defender. Incluso pese a la alta tasa de emigración esta situación no varió¹⁵.

Finalizada la dictadura, el primer gobierno democrático (1985-89) trató de tomar distancia del estilo dictatorial. Hubo una recuperación de los sectores de la salud y la educación y se reinstalaron las instancias tripartitas de negociación colectiva (Consejos de Salario), uno de los pilares fuertes del “Estado de Bienestar”. Pero también se reconocía la necesidad de “flexibilizar las normas laborales” con el fin de reactivar la economía¹⁶.

La administración siguiente (1989-94) toma una postura más neoliberal, política que se seguirá instrumentando en los gobiernos subsiguientes hasta el 2004. Se apostó a una apertura de la economía al mercado internacional, bajar la inflación, privatizar o suprimir entes y áreas administradas por el Estado. Algunos aspectos interesantes a destacar son la su suspensión de los Consejos de Salarios, la creación de las “empresas unipersonales”, la firma del MERCOSUR (Mercado Común del Sur), modificar a un año la

¹³ Augusto Longhi “Proceso económico, proceso político e intervencionismo estatal. Un análisis de sus interrelaciones a través de la política fiscal (1959-1990)”. Documento de trabajo N° 3. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 1992.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Augusto Longhi “Desequilibrio y excedente de trabajo en el mercado laboral uruguayo”. FCU. Serie Economía y Sociedad. Mdeo., 1994.

¹⁶ Marcos Supervielle y Mariela Quiñones “la instalación de la flexibilidad en Uruguay”. Documento de Trabajo N° 45. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 1999.

prescripción de las acciones laborales, los plebiscitos para las privatizaciones de los entes públicos, la reforma educativa, la reforma de la seguridad social.

Se expandió la cobertura de políticas sociales focalizadas a través de convenios con organizaciones de la sociedad civil (privados).

“Son políticas laborales de corte social, orientadas ya no a definir marcos de desarrollo de relacionamiento entre actores, ni a potenciar situaciones que tuviesen consecuencias para la sociedad en su totalidad, sino, a atacar problemas laborales de poblaciones objetivo específicas. Es el caso de las políticas de empleo para los jóvenes que se implementaron a través del Instituto Nacional de la Juventud (INJU) y las políticas de reconversión laboral para los trabajadores en seguro de paro que se llevan adelante a través de la Junta Nacional de Empleo. Su finalidad fue la de atenuar el impacto de la reconversión productiva que traería la integración regional del MERCOSUR tanto en el número de empleo como en los perfiles”¹⁷.

También podemos agregar, como ejemplos, toda una serie de proyectos que apuestan a la *integración social* de aquellos que no siguen el ritmo de las transformaciones, ya sea a través de la reafirmación del sistema educativo o del ingreso al mercado laboral: los convenios de la Intendencia Municipal de Montevideo de “primer experiencia laboral”, “Áreas Verdes”, “Barrido Otoñal”, y la extensión de la cobertura del ex INAME (Instituto Nacional del Menor) a través de la tercerización de servicios en ONG.¹⁸

En el 2005 asume el gobierno actual con un discurso contra las ideas neoliberales, responsabilizándolas de la crisis que se atravesaba y del abultado endeudamiento externo. Creemos que es muy pronto para sacar conclusiones acerca del rumbo y las consecuencias puedan tener las acciones impulsadas hasta la fecha.

¹⁷ Idem. Pág 11.

¹⁸ Más del 85% de los niños atendidos por el Inau son atendidos a través de las Ong. con el 30 – 35 % de los recursos destinados al INAU. Colectivo Infancia “Un presupuesto más justo para la infancia en riesgo social. Garantizando y consolidando las políticas sociales de carácter estructural que realiza el Estado”. Montevideo, septiembre de 2005.

4 - CONSOLIDACIÓN DE LA EXCLUSIÓN

El proceso en que el mercado desplaza al Estado nación, y donde la pobreza aparece como inevitable, si bien se desarrolla con diferentes particularidades en diferentes partes del mundo, ha llevado a poner en el tapete la “integración social”.

Los “barrios marginales” no son nuevos. No se debe tomar la cohesión social como sinónimo de justicia social. A lo largo de la historia podemos rastrear diferentes formas de marginalidad: Los conventillos, rancheríos, cantegriles, etc. Lo que ha cambiado es la magnitud del problema, tanto en su crecimiento como en la posibilidad de encontrarle una solución. La marginalidad se ha establecido como parte del paisaje urbano.

Las esperanzas de dirigirnos hacia un mundo mejor se han esfumado, se ha institucionalizado la idea de que lo que hay para repartir no alcanza para todos, y al mismo tiempo, *encontrar un lugar*, se ha convertido en un problema individual.

La sociedad no espera nada de sus pobres y los condena a ocupar espacios para desheredados. Los pobres ven muy restringidas sus posibilidades de movilidad social y cada vez están menos dispuestos a pagar el sacrificio exigido para las posibilidades que tienen. El problema trasciende lo económico, conformando un estilo de vida que se define desde la carencia, el gueto, la marginalidad, etc.

Las débiles respuestas del Estado ante ésta crítica situación son una evidencia de ello. Aún cuando se asume que el desempleo es un fenómeno estructural, se continúan aplicando políticas sociales orientadas a la “integración social”, principalmente “a través del trabajo y la educación”¹⁹.

Podemos entender el la aparición del fenómeno de la exclusión social estudiándolo a través de tres procesos: 1- la flexibilización laboral, 2- el desmantelamiento del Estado de Bienestar y 3- la segregación residencial.²⁰

¹⁹ Una rápida lectura de los objetivos de los “proyectos sociales” promovidos por los organismos Estatales (Inau, Mides, Imm) podría demostrar esto. Pero aún más interesante sería realizar un estudio sobre la implementación de éstos.

²⁰ Para explicar el advenimiento de la nueva marginalidad urbana Wacquant propone cuatro lógicas estructurales: una dinámica macrosocial que refiere al resurgimiento de la desigualdad, una dinámica económica que refiere a las transformaciones en el mundo del trabajo; una dinámica política que refiere a al desmantelamiento del Estado de Bienestar y una dinámica espacial que refiere a la segregación

4.1 - Flexibilización Laboral

Uno de los principales cambios es la centralidad que adquiere la empresa frente al trabajo como unidad reguladora de las relaciones laborales²¹.

Las empresas deben adecuarse por si mismas al nuevo mercado internacional. Para ello el Estado flexibiliza regulaciones y reglamentaciones con respecto a las leyes laborales, que en un pasado apuntaban a asegurar la estabilidad laboral.

Las empresas tienden a mantener en su planilla a un grupo de trabajadores, capacitados para responder a distintas demandas y exigencias, los necesarios para que la misma funcione adecuadamente, y a tercerizar el resto de los servicios. Se promueve la *independencia* de la relación laboral, quienes antes eran patrón y empleado, ahora son *socios* por un contrato a término.

Pero es una relación entre desiguales, pues los servicios tercerizados, en la medida que es a la empresa principal a quien le venden sus servicios, mantienen una relación de dependencia con la misma.

Esta última ahora puede prescindir de los mismos cuando no los necesita o cambiarlos por otros más económicos, dentro o fuera del país, prácticamente sin pagar consecuencias por ello.

Estas transformaciones se guían sobre una racionalidad que apunta a maximizar la acumulación del capital en el menor tiempo posible.

"Esto se traduce o mediatiza en tres preferencias u orientaciones de conductas "motoras": a-maximizar la cota de ganancia y la formación de excedente en el capital y el producto, b-minimizar los costos salariales en el capital y el producto, y c-maximizar la productividad y el producto por trabajador ocupado".²²

Conductas que tienen un impacto directo en la precarización del trabajo y el desempleo al reducir el costo de la mano de obra.

En Uruguay el aumento del desempleo no se debió principalmente a la destrucción de puestos de trabajo sino que el bajo nivel de los salarios aumentó la oferta

residencial. Loïc Wacquant "Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio". Manantial. Bs. As., 2001. Cap. "Marginalidad urbana en el próximo milenio".

²¹ M. Supervielle y M. Quiñones. *idem*.

²² Augusto Longhi "Desequilibrio y excedente de trabajo en el mercado laboral uruguayo". FCU. Serie Economía y Sociedad. Mdeo., 1994. Pág 8.

de trabajo, principalmente a través de la incorporación a la PEA de mujeres y jóvenes superando las posibilidades de empleo²³.

Las mujeres y los jóvenes que se incorporan al mercado de trabajo lo hacen con altos niveles educativos transformando la estructura del desempleo. Personas que están cada vez más dispuestas a aceptar menos salario por la tarea.

El desempleo y la flexibilización laboral promueven la informalidad por tres razones. Primero porque el aumento de la competencia por los puestos de trabajo vuelve estratégico para el trabajador el aceptar condiciones “irregulares” de contrato como forma de acceder a un empleo. Segundo porque los contratos a término y/o la evasión fiscal abaratan los costos de producción. Y porque al ser bajos los salarios se fomenta el multiempleo como forma de cubrir las aspiraciones de bienestar²⁴.

La competencia promovida lleva a que cada vez se exija mayor especialización por menos salario. Ya no es una garantía el tener titulaciones para acceder a un trabajo estable. Las exigencias de la empresa no responden con la tarea sino con la intención de tener trabajadores mejor capacitados por menos costos.

Esta situación golpea fuertemente a los sectores sociales más bajos porque el desempleo, si bien es un fenómeno de todas las clases, su impacto en las mismas es diferencial.

“En tanto el desempleo en las clases altas representa exclusivamente el 4% del desempleo total, en las clases medias la participación es del 25%, en tanto que en las clases bajas la contribución es del 62%. Así, casi las dos terceras partes del desempleo, es desempleo de miembros de las clases bajas”.²⁵

Lo mismo sucede con el trabajo precario e informal.

“Así, mientras no se encuentran cubiertos por la seguridad social –no tienen derechos jubilatorios– el 15% de los activos de las clases altas, en las clases medias este porcentaje es del 33% y en las clases bajas del 46%. Estos resultados muestran claramente que la desprotección laboral y el desempleo precario e informal es un fenómeno bastante extendido y generalizado, abarcando a las clases altas y las clases medias, pero alcanzando como lo anunciamos una difusión o expresión muy alta a nivel de las clases bajas”.²⁶

²³ Idem

²⁴ Idem

²⁵ Augusto Longhi “La estructura de clases y los impactos y naturaleza del desempleo. Una visión macro desde datos secundarios”. Informe de investigación N° 36. Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo, 2004. Datos del 2002. Pág. 15.

²⁶ Idem. Pág. 17.

La inestabilidad laboral promovida ante la amenaza del desempleo, el resurgimiento de trabajos de explotación y los bajos salarios hacen que la desigualdad y precariedad laboral dejen de ser relevantes. El empleo que no hace mucho tiempo jugaba un papel muy importante en la cohesión social, hoy día, al convertirse en un recurso escaso, ha pasado a ser una fuente de fragmentación y precariedad.

Al acabarse la protección los sectores dominados quedan en una situación difícil. El desempleo los golpea fuertemente y, al no existir las posibilidades simbólicas y materiales de ascenso y de proyecto, la noción de sacrificio por un futuro mejor pierde su sentido. Las ofertas de trabajo a las que tienen acceso cada vez les atraen menos, ya que el sacrificio que implica la relación laboral no vale la remuneración recibida.

4.2 – Desmantelamiento del Estado de Bienestar.

A través de políticas públicas dirigidas a toda la población el Estado de Bienestar garantizaba cierta homogeneidad en el acceso a los servicios. Si bien existían instituciones privadas que atendían parte de la población, sobre todo a los sectores medios y altos, el acceso a los servicios era bastante homogéneo gracias a la calidad de la atención brindada.

Pero para la doctrina neoliberal las políticas públicas de alcance universal son una mala inversión. Estas les prestan beneficios a individuos que se *aprovechan* de la situación al obtener de forma gratuita un servicio por el que están en condiciones de pagar.

La apuesta del Estado es a la rentabilidad económica, o sea a reducir el déficit fiscal. Por lo tanto se recortan las inversiones públicas pasando sus funciones al sector privado pues es a través de la competencia en el *libre mercado* que las empresas van a mejorar sus servicios para obtener más clientes. El Estado pasa a centrar su intervención en los sectores sociales *más vulnerables* a través de políticas sociales focalizadas, como reconocimiento de la posibilidad de que un sector de la población quede fuera del mercado laboral.

El desmantelamiento de los servicios públicos universales se llevó adelante a través de una verdadera campaña política y de gestión que los llevó casi a su

destrucción. Se promovió una imagen muy devaluada de lo público frente a lo privado. Se presentaban las empresas o instituciones públicas como burocráticas, ineficientes, invadidas por el clientelismo político y la corrupción frente a la agilidad, capacidad de innovación, calidad de servicios que podían dar las empresas privadas. Y al mismo tiempo se tendió a un abandono paulatino de las mismas a través de recortes de gastos, mala administración y falta de mecanismos de control de la gestión.

Hoy en día encontramos un sistema de servicios sociales fuertemente estratificados. Están los servicios públicos colapsados, que no solo no cuentan con los recursos necesarios para atender su demanda sino que están muy mal organizados. También hay una serie de servicios privados (colegios, servicios de salud, de seguridad, etc.) de diversas calidades y precios. Llegando a servicios privados con niveles de atención que en nada envidian a los del primer mundo a los que solo pueden acceder los estratos más altos de la población.

Esta situación determina que los que pueden pagar –obviamente– inclinen sus preferencias hacia el sector privado que les garantiza mejores servicios, favoreciéndose la brecha entre quienes acceden a los servicios de calidad y quienes no.

Y para los sectores que no pueden seguir el ritmo de las transformaciones el Estado, a través de la tercerización de servicios a las Ongs principalmente, implementa políticas sociales focalizadas que apuntan a la *inserción social*.

Las ideas de potenciar recursos haciendo “que les lleguen a los que les tienen que llegar” y la diversidad de situaciones se presentan como excelentes excusas para la focalización, pero es una estrategia que dista mucho de un contexto caracterizado por la precariedad y la inestabilidad laboral. La contracara es que los parámetros para definir a los destinatarios de las políticas son desde el déficit, la carencia, la vulnerabilidad, lo que hace muy difícil de escapar que los usuarios de estos programas no se consagren como los deficitarios, los carentes, los vulnerables.

La protección social se mantiene fragmentada en diferentes reparticiones estatales y, sobre los argumentos que defienden la eficacia de lo privado sobre lo público, parte de sus servicios son tercerizados en varias organizaciones privadas según el proyecto social en cuestión.

En la medida en que predomina una visión fatalista de que la realidad no se puede cambiar, este tipo de proyectos ya no están destinados a formar ciudadanos sino a disminuir los riesgos de la pobreza. Gobernados por la urgencia trabajan sobre valores

comunitarios como la solidaridad, la participación social, la convivencia y sobre la esfera psicosocial del desarrollo pero, al mantener a los sujetos necesitados de la asistencia, más allá de sus buenas intenciones y lo necesario que pueden llegar a ser para la subsistencia de muchas personas, obvian atacar las verdaderas causas estructurales de la pobreza²⁷.

La cohesión social promovida por el Estado de Bienestar se sostenía sobre un sentimiento de identidad nacional promovida por la ciudadanía y los derechos sociales. Los beneficios brindados por la seguridad social y los organismos públicos, al proveer un bien (material o simbólico) que no se posee, dejan a los agentes en deuda, deuda que generaba sentido de pertenencia. Hoy en día estos servicios son prestados por diversas instituciones privadas y públicas lo que favorece la pérdida de la unidad.

El lazo que antes unía con el Estado ahora se diluye en una serie de lazos con diferentes instituciones privadas y públicas desarticuladas entre sí. Más que el reconocimiento de la heterogeneidad la focalización se ha convertido en la marca del límite entre territorios fragmentados y desarticulados. Mientras se dice atender en forma desigual para reparar la desigualdad se termina colaborando en la construcción de identidades fragmentadas.

4.3 – Segregación Residencial

El desempleo, la precariedad laboral y la degradación de los servicios públicos también tuvieron su impacto en el diseño de la ciudad. Los sectores sociales más perjudicados socioeconómicamente se van y van siendo relegados a ocupar territorios explícita o implícitamente determinados para ellos.

Aquellos que buscan un lugar donde instalarse y no cuentan con los recursos necesarios se ven condenados a recurrir a la ocupación de tierras y viviendas. Pero este proceso también afecta a los barrios que tradicionalmente eran ocupados en su mayoría por los sectores que sufrieron las principales consecuencias de la política neoliberal.

²⁷ G. Gardarelli y M. Ronsenfeld "Con las mejores intenciones. Acerca de la relación entre el Estado pedagógico y los agentes sociales"; en Silvia Duschatzky (comp.) "Tutelados y asistidos: programas sociales, políticas públicas y subjetividad". Paidós, Bs. As., 2000.

El proceso de deterioro que fue afectando a estos territorios, gracias al desempleo y la precarización y/o desaparición de los servicios públicos, favorece la *huida* de aquellos que se encontraban en una mejor condición socioeconómica, fomentando enclaves territoriales dominados por el desempleo, la economía informal y la baja calidad de vida.

Estos barrios son el resultado de una política de vivienda y ordenamiento territorial del Estado, ya sea por su acción o inacción. Siempre ha existido una diferencia entre los consumos y las posibilidades de acceso a un determinado tipo de vivienda. Pero ante la situación actual, que deja a muchos sin las posibilidades de acceso a los medios legítimos para el reparto de la riqueza (principalmente el trabajo), los sectores dominantes amplían esta brecha como un mecanismo de control social.

A la tradicional barrera económica (en la que además de tomar el valor de la vivienda hay que sumarle los impuestos y demás exigencias que impone el Estado según el territorio) que ya determina las posibilidades de acceso a los diferentes barrios, el Estado interviene en la distribución territorial de la población, a través de la construcción de viviendas y de realojos de los *asentamientos irregulares* y de los *ocupantes precarios* hacia la periferia de la ciudad. Esta es una forma muy evidente que tiene el Estado de indicar que lugar ocupan en la sociedad.

Ya en el informe del PNUD²⁸ de 1999 se alerta sobre como, debido a la tendencia que se venía registrando en los diferentes barrios con un proceso de homogeneización en el interior de los barrios y de mayor distancia entre uno y otro, la sensación de inseguridad y desconfianza en la policía venían aumentando, poniendo en riesgo de perder el rol integrador de la ciudad al que se enfrentaba Montevideo.

Este proceso favorece que se limiten las posibilidades de los sectores más pobres al ir concentrándolos en territorios pobres. El proceso de diferenciación entre los distintos barrios favorece la construcción de identidades que se oponen y se enfrentan. Si bien no es nuevo hablar de la identidad de barrio lo que sí va surgiendo es una identidad que se define desde la carencia, desde el desempleo, la delincuencia, la violencia. Por un lado encontramos los barrios *seguros, lindos, cuidados* y por el otro los barrios *peligrosos, feos, sucios*.

²⁸ Informe de desarrollo humano en Uruguay. PNUD, 1999. Cap. 6.

“El barrio elegante, como un club fundado en la exclusión activa de las personas indeseadas, consagra simbólicamente a cada uno de sus habitantes permitiéndoles participar del capital acumulado por el conjunto de los residentes; al contrario, el barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan, los cuales a cambio hacen lo mismo con él, ya que al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten sino su común excomunión. La concentración en un mismo lugar de una población homogénea en la desposesión también tiene el efecto de redoblar esta última, particularmente en materia de cultura y práctica cultural: las presiones que, en el nivel de la clase, el establecimiento escolar o la urbanización, ejercen los más indigentes o más alejados de las exigencias constitutivas de la existencia “normal”, producen un efecto de arrastre hacia abajo y por lo tanto de nivelación, y no dejan otra salida que la huida (las más de las veces prohibida, por la falta de recursos) hacia otros lugares”²⁹.

Los territorios destinados a albergar a aquellos que *sobran* se presentan como un lugar extraño e impenetrable, como el centro de la actividad criminal. Y lo mismo para sus habitantes, seres extraños en tanto no se entiende como *toleran* vivir en esos territorios dominados por la violencia.

Consecuencia de las políticas neoliberales, ahora los pobres deben enfrentar una segunda amenaza. Quienes hace unos años pedían menos Estado social y flexibilización laboral ahora, como alternativa para paliar las consecuencias, piden más Estado penal³⁰. El Estado interviene incorporando nuevos delitos en el código penal, subiendo las penas y aumentando la vigilancia de los barrios privilegiados. Como consecuencia aumenta la cantidad de personas detenidas (principalmente jóvenes pobres)³¹, llegando a una superpoblación inaceptable de las cárceles. Así se van concentrando y estigmatizando a los sobrantes.

Si los mecanismos de integración simbólica ya no se basan en el intercambio de servicios a cambio de la introyección de normas morales, se vuelve necesario recurrir a la represión como forma de mantener el orden. Si los principios –impuestos por la clase dominante– que unen a la sociedad se basan en un individualismo que persigue su propio interés incluso por sobre los demás, también se le hace necesario a la sociedad recurrir al uso de la fuerza y del aislamiento de aquellos que cada vez tienen menos que perder.

²⁹ Pierre Bourdieu “Efectos de lugar” pág. 124. En Pierrer Bourdieu (dir) “La miseria del mundo”. FCE. Madrid, 1999.

³⁰ Loïc Wacquant “Las cárceles de la miseria”. Manantial. Bs. As., 2000.

³¹ Rafael Paternain “Las víctimas y el sistema carcelario en el Uruguay. (Aproximación desde la sociología)”, en Revista de Ciencias Sociales 15, FCS, Dpto. de Sociología. FCU, 1999.

032908



5 - LOS TERRITORIOS DE LA POBREZA

“El espacio social reificado (vale decir, físicamente realizado u objetivado) se presenta, en consecuencia, como la distribución en el espacio físico de diferentes especies de bienes y servicios y también de agentes individuales y grupos localizados físicamente (en tanto cuerpos vinculados a un lugar permanente) y provistos de oportunidades más o menos importantes de apropiación de esos bienes y servicios (en función de su capital y también de la distancia física con respecto a esos bienes, que depende igualmente de aquél). En la relación entre la distribución de los agentes y la distribución de los bienes en el espacio social se define el valor de las diferentes regiones del espacio social reificado”³²

5.1 - La Violencia y la Desconfianza.

La pobreza del cambio de siglo arrastra los efectos acumulados de la pobreza a lo largo de su historia y, al mismo tiempo que la precariedad laboral afecta –en distinta forma– a la mayoría de la población, sufren fuertemente el desempleo, la retirada de la protección social, el aumento de la represión policial y la segregación residencial.

Si bien la violencia simbólica³³ ejercida por las instituciones que no hace mucho tiempo aseguraban la cohesión social va perdiendo su fuerza *integradora*, esta sigue operando y marcándoles el lugar que ocupan en la sociedad. La violencia simbólica que funciona de forma sutil, suave, es tan fuerte que los priva de la posibilidad de generar categorías de percepción alternativas, favoreciéndose la construcción de este sector de la sociedad como extraño y peligroso al no vivir de acuerdo a los mandatos legítimos de la dominación simbólica.

Pero el miedo que ejercen “los excluidos” es un miedo justificado. Si bien fomentado por los medios de comunicación quienes encuentran en estos sectores sociales un campo fértil para la tragedia, estos enclaves urbanos están invadidos por la violencia que, a diferencia de como es presentada en los medios, no es una violencia sin sentido.

³² Pierre Bourdieu “efectos de lugar” pág. 120, en Pierre Bourdieu (dir) “La miseria del mundo”. FCE. Madrid, 1999.

³³ Pierre Bourdieu “El sentido práctico”. Ed. Taurus. Madrid. 1991.

Los medios producen un *efecto de realidad*³⁴ al tomar un suceso y convertirlo en una visión mediática. Al tomar “fotografías” de lo más trágico de los barrios más pobres fomentan la construcción de identidades enfrentadas.

Los sectores dominados están más expuestos pues se encuentran en una peor situación para controlar las representaciones que se hacen de si mismos. Al manejar un lenguaje devaluado no se encuentran a la altura necesaria para hablar en los medios, favoreciendo que se hable más de ellos.³⁵

En estos territorios la violencia forma parte de las relaciones sociales. El neoliberalismo al haber promovido la desarticulación de todos los tipos de organización colectiva, el fomento del consumo, el individualismo, el desempleo, transforma la representación de los otros como semejantes. El imperativo “no le hagas al otro lo que no quieres que te hagan a ti mismo” funciona si se concibe al otro como un semejante. Pero al haberse retirado el Estado y el mercado no dejar lugar para todos se hace evidente que ya no somos “todos iguales ante la ley”³⁶.

En territorios fuertemente estigmatizados, donde los bienes materiales y simbólicos disponibles son escasos, y ante un contexto general donde se desfigura el concepto de igualdad promovido por la modernidad, que regulaba la relación entre los sujetos, la violencia se presenta como una opción que se transforma en parte instituyente de la socialización. Sobre todo si se tiene presente la furia provocada por la marginación y la privación que favorecen un discurso fatalista que alaba la violencia.

La competencia por los escasos recursos tiende a debilitar los lazos de solidaridad, generando ambientes hostiles donde el garroneo o el robo entre ellos (“el rastrillo”) se presentan como una alternativa legítima. La confianza pierde valor y se convierte en una opción difícil. La certeza que queda es que solo se puede confiar en uno mismo, pues entre lo poco que hay para repartir el que “no se rescata pierde”.

Son los parias, se sienten parias y saben que carecen de todo tipo de movilidad social. Viven en un contexto donde las carencias son materiales y simbólicas, favoreciendo un ambiente de “depredadores sociales” luchando por los escasos

³⁴ Patrick Champagne. “La visión mediática” en Pierre Bourdieu (dir) “La miseria del mundo”. FCE. Madrid, 1999

³⁵ Ídem pág. 55.

³⁶ Silvia Duschatzky y Cristina Corea “Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones”. Paidós, Bs. As. 2002.

recursos. La vulnerabilidad en la que se encuentran son fuentes de estrés y miedo, siempre atentos a lo que se pueda ganar (o perder).

Este fuerte individualismo marca su soledad y la fragilidad con la que construyen los vínculos. Por ello es que no debe extrañar que en los casos más extremos, donde el sentimiento de inutilidad social es tan grande, se entreguen al abandono y deterioro de si mismos llegando al consumo abusivo de drogas como mecanismo de evasión.

5.2 - El Miedo y el Drama

Estos territorios poseen formas de organización propias. Existen una serie de pequeños comerciantes, proyectos sociales, actividades ilegales, etc. que forman parte de la vida cotidiana que, al mismo tiempo, por ellas mismas indican el lugar que ocupan³⁷.

A medida que “la exclusión” va dejando de ser una situación anómala para irse *oficializando*, también se vuelve necesario un trabajo cotidiano para mantener las relaciones de poder. Al no quedar lugar para la confianza, el poder individual se vuelve más importante. Se crea un ambiente hostil donde el miedo toma un papel legítimo y cada vez va quedando más lugar para la “razón de la fuerza”.

Aquellos que han adquirido un alto poder adquisitivo por medios ilegales se ven investidos de poder. Éstos dependen directamente de su entorno, no solo porque en ellos encuentran a “los consumidores” sino porque necesitan de ese ambiente para poder protegerse.

El capital económico que manejan les otorga un gran poder sobre la comunidad. Por un lado se encuentran “vinculados”³⁸ con la policía. Informalidad que alimenta una *cultura del terror* sostenida en el *miedo* a la venganza. Pero también la protección se

³⁷ Aún en peor situación se encuentran aquellos que carecen de un lugar propio pasando su vida ocupando habitaciones, durmiendo en albergues o rondando de pensión en pensión.

³⁸ Existe una compleja relación entre la policía, los delincuentes y los barrios marginales que muy lejos está de la relación idealizada de “la delincuencia y la ley”. Podemos encontrar conductas que van desde un enfrentamiento violento hasta la colaboración mutua. La policía, en ocasiones, se presenta como una banda criminal más.

compra. Porque cuando un vecino necesite dinero para una emergencia o para cubrir necesidades básicas puede llegar a contar con la “ayuda” de su vecino.

Pero la estigmatización y miseria que enfrentan también les aportan herramientas que se envisten de valor en su entorno. La lástima y el miedo se convierten en un capital intercambiable para conseguir recursos.

Los distintos proyectos sociales por el “bien de la comunidad” ofrecen una serie de recursos materiales (canastas, boletos, comida, agua caliente, changas, etc.). Los destinatarios de estos proyectos manejan un gran conocimiento de las distintas ofertas de estos bienes y de las exigencias que implican cada uno de ellos.

La manipulación de la lástima que usan frente a los servicios sociales, muchas veces exigida por parte de los prestadores de estos servicios, les abre las puertas para conseguir esos recursos. La vida en estos entornos de carencias les vuelve necesaria una práctica que apueste a obtener el máximo beneficio posible de éstos. No es exclusivamente *la necesidad* lo que los une a los diferentes proyectos sino la posibilidad de acceder a los recursos que se ofrecen. Podemos encontrar casos de familias enteras que viven de la asistencia.

En otros contextos el miedo que generan se les presenta como otra posibilidad de *garronear* o robar fácilmente (sin resistencias). Es más, una de las alternativas fáciles para acceder a recursos (materiales y simbólicos), es involucrarse en actividades delictivas. Porque, si bien son estrategias peligrosas, se presentan como un riesgo que vale la pena correr. Todas éstas estrategias *legítimas* –y que los legitima– desde la exclusión.

5.3 - La Integración

En el proceso en el que las reglas sociales que marcan lo que se espera de cada uno y las formas legítimas de deber ser en sociedad les fueron siendo cada vez más ajenas, se va favoreciendo una identidad que se tiende a definir en oposición a aquellos que cuentan con las posibilidades de tener un lugar legítimo dentro de la sociedad.

Lo que se pone en juego es la relación que hace al obrero trabajar así sea por poco dinero. Porque no solo enfrentan el desempleo sino que la precarización laboral ha

generado puestos de trabajo con salarios de hambre que no motivan el sacrificio exigido.

Se enfrentan a todo un engranaje social que los expulsa y estigmatiza al mismo tiempo que los pone frente a un desfile de productos de la industria cultural que se han vuelto necesarios para ser persona. En esa contradicción es donde se legitima otra forma de integrarse, camuflando una imposibilidad objetiva, encuentran en una identidad construida en torno a los que no necesitan participar del mercado “legítimo” para estar a la altura de lo que demanda el mercado, identidad que promueve estrategias como el garroneo o el robo a pequeña escala u otro tipo de actividades que entran en conflicto con la ley que, más que una acción planificada corresponden a aprovechar una oportunidad.

El consumo se presenta como una forma fácil de integrarse. A diferencia de los otros sectores sociales *integrados* que pueden privarse de lucir su consumo pues de todas formas están dotados de una identidad con valor, para los pobres el consumo se presenta como una forma sencilla de pretender acceder a ser mejor valorados socialmente³⁹.

Las instituciones modernas ya no los integran sino que marcan el límite de su exclusión. Ya no les interesa ir a la escuela o esforzarse por trabajar por un sueldo. Es más el fracaso escolar o el desempleo se van convirtiendo en parte del estilo de vida. Integrados a un ambiente en el que la supervivencia está dada por zafar, sin preocuparse por ataduras institucionales, la violencia simbólica que oprime y hace sentir en falta a quien no consigue trabajo o se encuentra en falta con sus obligaciones sociales, va perdiendo su efecto y, necesidad hecha virtud, encuentran en un estilo de vida basado en “zafar”, en “rescatarse”, el pasar el tiempo. Así se conforma un estilo de vida que se define desde el gueto, siendo una especie de trampa difícil de escapar.

Hagan lo que hagan difícilmente puedan estar en conformidad con la regla pues esta ha sido elaborada en contra de ellos, ya que esto ayuda a mantener el orden social del que extraen su poder quienes lo dominan. Al desaparecer el sentido de unidad e instaurarse la fragmentación de los estilos de vida, la violencia de los que cargan con el

³⁹ Incluso si bien muchos consumen ropas que son imitaciones de “las de marca”, no hay que dejar de ver en ello el reconocimiento dado al valor del producto “original”.

estigma de ser una “anomalía social” se legitima en una distancia aparentemente insalvable con el resto de la sociedad.

Lo que hay que entender es que esto no es más que la forma que encuentran de integrarse a una sociedad que los condena al abandono y la miseria, donde una de las pocas alternativas que les deja es la de ser el paria, el que conoce la calle, al que todos deben respeto porque sino se pueden enfrentar a un problema. Y esto no sería difícil de demostrar si se presta atención al amplio conocimiento que tienen del lenguaje carcelario, del funcionamiento de la cárcel, de la seccional y del juzgado. En donde entre ellos cada vez más va dejando de ser un castigo simbólico el ser víctima de la represión policial para convertirse en un mérito al reconocimiento de aquel que verdaderamente conoce “la calle”⁴⁰.

El miedo, el desprecio, el rechazo que generan los excluidos forman parte de la organización social que favorece la exclusión. Forma parte de lo que evita que se vea en ello la consecuencia de una violencia ejercida por el resto de la población que los ha privado de la posibilidad de acceder de forma legítima a los bienes que la sociedad promueve.

Al representarlos como seres extraños y peligrosos sus prácticas se presentan como irracionales y no como prácticas razonables dentro de estructuras sociales que se imponen a sus ocupantes. Para poder entender el fenómeno debemos observar las prácticas de los agentes como la mejor estrategia, según las posibilidades materiales y simbólicas que tienen a disposición, para acceder a los beneficios que tienen una posibilidad objetiva de conseguir⁴¹.

Los *no integrados* se enfrentan a un mundo hostil que los expulsa de las posibilidades de *integración*. Todo opera para que sean los *excluidos*. Y en la medida en que las posibilidades reales de cumplir con los mandatos de las instituciones es cada vez más grande éstas van perdiendo su poder instituyente. Pero frente a esta situación lo que se van construyendo son formas alternativas de integración, que lo que fomentan es la integración desde la exclusión.

⁴⁰ Esto no quiere decir que no sufran. Lo que sucede es que el sufrimiento es parte del estilo de vida.

⁴¹ Pierre Bourdieu “El sentido práctico”. Ed. Taurus. Madrid, 1991.

6 - NUESTRO ROL PROFESIONAL

Como Trabajadores Sociales esta realidad nos cuestiona. Como colectivo profesional, junto con otras profesiones, formamos parte del campo de las políticas sociales, sobre todo en su ejecución. Es en ese campo donde se encuentra la legitimidad de la profesión y los reconocimientos que la tarea otorga.

En un contexto marcado por la “marginalidad” y la “desintegración social”, los operadores de las políticas sociales cumplen un rol disciplinario para la correcta adaptación a la sociedad de aquellos *para los que no hay lugar*. Las consecuencias del neoliberalismo también se presentan como inevitables para los trabajadores de la pobreza.

Si deja de ser relevante la precariedad de las condiciones de vida, las mismas políticas sociales surgen sin plantearse sinceramente un cambio de la situación. Trabajamos con los “enemigos –potenciales– del orden público”, los que quedaron afuera y que por lo tanto deben recibir la tutela profesional. El Trabajador Social se presenta como un agente moralizador, es la alternativa –disciplinada– a la represión. Debe controlar la *pasiva adaptación* a la *realidad* de aquel que no tiene otro futuro que ser pobre.

Al no presentarse la posibilidad de proyectarnos un mundo sin la exclusión, los pobres fracasan por el hecho de ser pobres, se convierten en parásitos sociales. En este contexto el operador de las políticas sociales se encuentra, desde un principio, eximido de culpa ante cualquier fracaso. Desde este lugar se elaboran una cantidad de explicaciones fatalistas de la realidad, que en última instancia justifican la pasividad en la intervención⁴².

En este contexto el autoritarismo y el asistencialismo se presentan como prácticas *profesionales* razonables. Prácticas que desde la tutela se prestan para “dar una mano” al mismo tiempo que se gana autoridad frente a los usuarios del servicio. La

⁴² Por lo general estas *explicaciones* rondan en torno a la victimización o en la criminalización de los destinatarios de las políticas. Por ejemplo mucho se insiste en la responsabilidad de *la familia* cuando se trabaja con menores. Así se ve a la familia marginal como una *familia disfuncional* y no como una *buen familia marginal* que reproduce *marginales*.

autoridad de ser el dador de bienes, la autoridad que intercambia boletos, comida, canastas, etc. por lealtades, por “buenos comportamientos”.

La tarea consiste en *contener* a los pobres, deben aprender a *ser obedientes*, a *trabajar*, a *educarse*, desde una propuesta que no se cuestiona sobre las posibilidades objetivas de intervención sobre “la exclusión”.

Desde este lugar el intercambio de bienes por buenas conductas es razonable. Pero cuanto más por fuera estén los grupos marginales de las instituciones formales, más van a utilizar a las políticas sociales con un interés estrictamente material, perdiendo fuerza la dominación simbólica que favorecía la cohesión. Lo que en realidad se tiende es a fomentar una identidad sostenida desde el paria.

La postura asistencialista del Trabajador social es la que se espera del mismo, y es la que permite mantener cierto orden en el conflicto –de clases– que se da entre el profesional y los usuarios.

Porque la relación entre los operadores de las políticas sociales y los usuarios de las mismas es una relación entre diferentes sectores sociales. Los intereses que persiguen cada uno del espacio que comparten son diferentes. Y estas diferencias arrastran todos los prejuicios de las representaciones que cada sector social se hace del otro. Esta es una de las principales evidencias del papel político que cumplimos.

Por un lado se encuentra “el equipo”, los que *legítimamente* ocupan un cargo en una institución *legítimamente* autorizada a implementar el proyecto social, quienes buscan la *legitimidad* de la profesión, remuneración, prestigio, etc. Estos, aún sin pretenderlo conscientemente, ejercen una violencia simbólica muy fuerte en “la población atendida” al ser el fiel reflejo de lo que es el verdadero *deber ser* “integrado”.

Desde otro lado se encuentran los beneficiarios de las políticas. Aquellos que a falta de cualquier futuro mejor se les brinda asistencia. Estos *legítimamente* utilizan a los proyectos como fuente de recursos, de los cuales dependen para llevar su estilo de vida. Pero al demandar tratando de sacar el mayor provecho se enfrentan a los operadores del proyecto, a quienes no solo les cuesta entender estas demandas sino que se sienten presionados por no tener respuesta, por miedos a una violencia que no se comprende, miedos al fracaso de la tarea, miedo a perder la fuente laboral.

6.1 - ¿Integración Social?

Desde esta perspectiva, no hay integración social posible sin una sociedad responsable que pueda asumir la complicidad de la situación actual; sino la alternativa para el sector más pobre de la población es la muerte, el encierro, la marginalidad. La salida es complicada y solo es viable si es entre todos.

Como profesionales que trabajamos con los sectores más carenciados debemos redefinir nuestra práctica dándole un lugar donde recobre su sentido. Y esto inevitablemente nos compromete en una postura ética.

Si nuestra lucha es contra la exclusión, contra las desigualdades que oprimen a un sector de la población, debemos desencadenar los mecanismos *legítimos* necesarios para denunciar la situación de estigmatización y exclusión.

Los sectores más pobres están muy lejos de la participación política. Aspecto que se vuelve necesario porque es desde el Estado que se vuelve oficial esta forma de distribución de los bienes. Las políticas sociales están lejos de promover conciencia sobre los derechos, formas de organización y espacios de reivindicación de los mismos.

Debemos buscar estrategias que apuesten a la búsqueda de fines comunes. Fines elaborados y aprobados en común. La apuesta es a romper con el “individualismo mercantilista” que justifica la exclusión.

Proponernos metas comunes es trabajar desde una realidad que nos incluye, que valoriza el aporte de cada uno porque cada uno se vuelve necesario para la misma. Se trata de reconocernos a cada uno desde sus posibilidades, para que todos podamos colaborar en la construcción del proyecto. Y a través de esto generar conciencia de que hay formas de lograr conquistar algunos derechos que la sociedad insiste perdieron la posibilidad –y ellos la esperanza– de alguna vez tener. Buscar estrategias que apuesten a revalorizar el “bien público”.

Debemos discutir y retomar los conceptos de democracia y participación política como medios para el ejercicio pleno de la ciudadanía, como una apuesta hacia una justicia social efectiva.

Nuestra lucha es contra la resignación, contra el fatalismo. Si la apuesta es a la “inclusión social” debemos reconocer los medios legítimos que nos constituyen y nos consagran como integrantes de un mismo colectivo.

“...hay que volver a insistir con la política, desligándola de las acciones delictivas a las que estuvo asociada en los últimos años y rearticulándola con la idea de bien público, de justicia y de igualdad, y también con la idea de diferencia, disenso y conflicto. La política [...] es la pregunta por los que no fueron incluidos, por los que no entraron, en esta cuenta que hizo la ley o la medida económica, y el reclamo de que sean tratados como iguales. Es un reclamo o una pregunta que nunca se termina de responder bien, que siempre debe ser revisada, atendiendo a las nuevas injusticias que se van produciendo y a los nuevos reclamos que aparecen. La política es lo que permite que veamos en los excluidos otra cosa que víctimas que deben ser tratadas por la vía carcelario-represiva o bien por la filantrópico-caritativa, y que les demos un lugar de pares en esta acción de configurar la sociedad”⁴³.

Las clases dominadas sufren las carencias materiales pero también simbólicas. Están condenados a adoptar las categorías de percepción impuestas por la clase dominante, pues es sobre ellas que se sostiene el orden social.

El estigma que sufren lo asumen y reproducen tratando siempre de acercarse al ideal dominante, volviéndolos más vulnerables para el ejercicio de la ciudadanía. *Si estoy excluido y no soy un ciudadano con plenos derechos, mi palabra no vale en los espacios oficiales.* Las prácticas de los agentes son un producto de su interacción con el entorno, el que les impone las condiciones objetivas en las que se desempeña. Por tanto sus prácticas llevan el sello de *la marginalidad*.

“El sentido del valor de los propios productos lingüísticos es una dimensión fundamental del sentido del lugar ocupado en el espacio social: indudablemente la relación originaria con los diferentes mercados y la experiencia de las sanciones impartidas a las propias producciones constituyen, justamente con la experiencia del precio concedido al propio cuerpo, una de las mediaciones a través de las cuales se constituye esa especie de sentido personal del propio valor social que regula la relación práctica con los diferentes mercados (timidez, desenvoltura, etc.) y, más generalmente, toda la manera de comportarse en el mundo social”⁴⁴.

Ejemplos de esto son la autodesvalorización de ellos mismos y sobre todo de su entorno que realizan frente a las entrevistas, donde nunca faltan las frases más reaccionarias como solución a los problemas. Debemos ser conscientes del lugar que ocupamos como agentes moralizadores del orden, porque la violencia simbólica que ejercemos está institucionalizada en nosotros mismos más allá de nuestras intenciones.

⁴³ Inés Dussel “La escuela y la crisis de las ilusiones”, en Inés Dussel y Silvia Finocchio (comp.) “Enseñar hoy. Una introducción a la educación en tiempos de crisis”. FCE, Bs. As., 2005.

El asistencialismo y el autoritarismo como formas de gestión de los proyectos sociales no producen conciencias críticas, por el contrario, se prestan para reproducir el orden que expulsa y estigmatiza a los sectores “marginales”. Estas prácticas tienden a promover una relación con el servicio que fomenta la dependencia material y marca el lugar de “carentes” de los usuarios.

No podemos sostener discursos de igualdad cuando no hacemos nada por trabajar en pos de ella. No son sanos los discursos igualitaristas cuando evidentemente no somos todos iguales. Es desde la explicitación de la situación lo que nos permite trabajar sobre ese “sentido del propio valor social”. Debemos devolverle la palabra a quienes les fue negada, así podremos recuperar una participación política real.

“Una ética de la autonomía y de la libertad recurre al concepto de autoridad basado en la confianza. Quien ejerce la autoridad no necesita intimidar, ni explotar, ni amenazar. La autoridad crece en la medida que se somete a la crítica y al control. El concepto de poder cambia substancialmente, transformándose en un poder que despierta los poderes de los actores sociales; por ello mismo, el poder circula, tiene carácter provisorio, reclama constantemente la participación activa. La educación adquiere relevancia, no como proceso de sumisión a la autoridad, sino como desocultamiento del poder que la autoridad del educador pretende ejercer sobre los educandos. Un proceso lento, arduo, donde se produce un pasaje de la negación de la propia situación de opresión a su reconocimiento”⁴⁵.

Se debe atender las relaciones y prácticas de los agentes sin perder de vista el lugar que se ocupa en el espacio social. También sobre la política que del Estado viene sin la necesidad de cambiar la situación. Debemos desarrollar una mirada crítica que nos alerte sobre las prácticas que reproducen el lugar que ocupan –y ocupamos–.

Como trabajadores de la pobreza nos enfrentamos a una tarea difícil que nos tiende a deslegitimar como profesión, pero al mismo tiempo nuestras posibilidades de acción son muy amplias. Porque al no haber propuestas que se crea en ellas, los controles que se efectúan sobre la tarea son débiles (porque no está claro qué controlar) y principalmente se centran en lo económico. Esta situación da una libertad de acción muy amplia. Sin embargo el fatalismo también invade a los trabajadores de la pobreza, no pudiendo (o queriendo) dar respuestas alternativas.

⁴⁴ Pierre Bourdieu “¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos”. Ed. Akal S.A. Madrid, 1985.

⁴⁵ José Luis Rebellato “La educación liberadora. Como construcción de la autonomía y recuperación de una ética de la dignidad”, en revista Trabajo Social N° 18. Eppal, 2000.

Pero también debemos comprender que la falta de propuestas alternativas se vuelve necesaria para la reproducción social. Por ello, pese a tener un discurso profesional que se muestra consciente del papel que cumplimos en la construcción social de la realidad de un sector estigmatizado y excluido de los bienes materiales y simbólicos, es que seguimos reproduciendo ese orden sin poder presentar alternativas.

Toda la organización social opera para la construcción de esta realidad, y no solo lo tenemos incorporado en nuestros *habitus*⁴⁶, sino que si pretendemos transformar ese orden vamos a chocar con los poderes.

Porque realizar una intervención que apunte a la transformación de los individuos, de sus prácticas, es inevitablemente enfrentarlo –y enfrentarse– al entorno en el que se desenvuelve; a su familia y/o las organizaciones de la propia comunidad, porque los poderes locales se construyen desde el orden social, o sea, son poderes desde la exclusión; a las instituciones formales, que se ven cuestionadas por el grado de su responsabilidad; a las propias organizaciones en las que desempeñamos nuestro rol profesional, que por lo general obtienen en mayor medida su reconocimiento desde la asistencia-caridad que desde un posicionamiento político frente a una realidad social.

Al mismo tiempo que la propuesta de las políticas sociales es vaga, choca en contra de un trabajo que pone en cuestión la organización social.

Este contexto ubica a los trabajadores de la pobreza en un lugar vulnerable que no es raro termine empañando las dificultades que atraviesan los destinatarios de las políticas sociales. Ante esta situación se corre el riesgo de que la violencia simbólica ejercida se vuelva más fuerte porque fácilmente tiende a reproducir el estigma que culpabiliza los fracasos, reafirmando la resignación, la desesperanza, aplacando las fuerzas para trabajar por una realidad distinta.

Debemos apostar a construir espacios de encuentro que habiliten una conciencia crítica de la realidad. Y esto sólo lo podemos hacer si en esos espacios todos somos protagonistas de los cambios y no simples benefactores o ejecutores.

Nuestra tarea no se debe orientar a la pobreza, sino a sus causas. Pero esto solo es posible partiendo del contexto en que nos encontramos, reconociendo nuestras necesidades y carencias. Debemos trabajar para romper el vínculo que une a los agentes

⁴⁶ Pierre Bourdieu "El sentido práctico" Ed. Taurus, Madrid, 1991.

con la marginalidad y con el asistencialismo. De lo contrario nos estamos engañando, reproduciendo proyectos pobres (simbólica y materialmente) para pobres (simbólica y materialmente).

7 - BIBLIOGRAFÍA:

- Baraibar, X. **“Temas viejos en tiempos nuevos: aproximación al debate sobre la exclusión social”**. Tesis Maestría, Universidad Federal Río de Janeiro. Mdeo., 1999.
- Bourdieu, P. **“¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos”**. Ed. Akal S.A. Madrid, 1985.
- Bourdieu, P. **“El sentido práctico”**. Ed. Taurus. Madrid, 1991.
- Bourdieu, P. **“Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción”**. Ed. Anagrama. Barcelona, 1997.
- Bourdieu, P. **“Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal”**. Ed. Anagrama, Barcelona, 1999.
- Bourdieu, P. (dir) **“La miseria del mundo”**. FCE. Madrid, 1999.
- Castel, R. **“La Metamorfosis de la Cuestión Social. Una crónica del salariado”**. Ed. Paidós. Bs. As., 1997. Cáp. VII y VIII
- Colectivo Infancia **“Un presupuesto más justo para la infancia en riesgo social. Garantizando y consolidando las políticas sociales de carácter estructural que realiza el Estado”**. Montevideo, septiembre de 2005.
- Duschatzky, S. **“La escuela como frontera. Reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares”**. Ed. Paidós. Bs. As., 1999.
- Duschatzky, S. **“Tutelados y asistidos: programas sociales, políticas públicas y subjetividad”**. Paidós, Bs. As., 2000.
- Duschatzky, S. y Corea, C. **“Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones”**. Paidós, Bs. As., 2002.
- Dussel, I. y Finocchio, S. (Comps.) **“Enseñar hoy. Una introducción a la educación en tiempos de crisis”**. FCE, Bs.As., 2005.
- Filgueira, C. y Filgueira, F. **“El largo adiós al país modelo. Políticas sociales y pobreza en el Uruguay”**. Ed. Arca. Mdeo., 1994.
- Gilberti E. (comp.) **“Políticas y niñez”** Ed. Losada, Bs. As., 1997.
- Informe de Desarrollo Humano en Uruguay PNUD 1999.

- Longhi, A. **“Proceso económico, proceso político e intervencionismo estatal. Un análisis de sus interrelaciones a través de la política fiscal (1959-1990)”**. Documento de trabajo N° 3. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 1992.
- Longhi, A. **“Desequilibrio y excedente de trabajo en el mercado laboral uruguayo”**. FCU. Serie Economía y Sociedad. Mdeo., 1994.
- Longhi, A. **“Sobre el Estado de Bienestar, su desarrollo en América Latina y su impacto sobre el bienestar social”**. Informe de investigación N° 26. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 2001.
- Longhi, A. **“La estructura de clases y los impactos y naturaleza del desempleo. Una visión macro desde datos secundarios”**. Informe de investigación N° 36. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 2004.
- Nun, J. **“Marginalidad y exclusión social”**. FCE. Bs. As., 2001.
- Olesker, D. **“Desocupación y deuda social. 1980 – 1990. Lo que la década quitó al pueblo trabajador”**. Publicaciones Cardijn. Mdeo., 1990.
- Paternain, R. **“Las víctimas y el sistema carcelario en el Uruguay. (Aproximación desde la sociología)”**, en *Revista de Ciencias Sociales* 15, FCS, Dpto. de Sociología. FCU, 1999.
- Rama, G. W. **“La democracia en Uruguay”**. Ed. Arca. Mdeo., 1995.
- Rebellato, J. L. **“La educación liberadora. Como construcción de la autonomía y recuperación de una ética de la dignidad”**. En revista Trabajo Social N° 18. Eppal., 2000.
- Rebellato, J. L. y Giménez, L. **“Ética de la autonomía. Desde la práctica de la psicología con las comunidades”**. Ed. Roca Viva. Mdeo., 1997.
- Redondo, P. **“Escuelas y pobreza. Entre el desasosiego y la obstinación”**. Ed. Paidós. Bs. As., 2005.
- Sader, E. y Gentili, P. **“La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social”**. Eudeba. Bs. As., 1999.
- Serge Paugam **“Fragilización y ruptura de los vínculos sociales: una dimensión esencial del proceso de descalificación social”**. En Servicio Social y Sociedad N° 60 año XX. Ed. Cortéz, 1999.

Supervielle, M. y Quiñones, M. **“La instalación de la flexibilidad en Uruguay”**. Documento de Trabajo N° 45. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. UDELAR. Mdeo., 1999.

Torres, M. (Comp.) **“Niños fuera de la ley. Niños y adolescentes en Uruguay: exclusión social y construcción de subjetividades”**. Ed. Trilce. Mdeo., 2005.

Wacquant, L. **“Las cárceles de la miseria”**. Manantial. Bs. As., 2000.

Wacquant, L. **“Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio”**. Manantial. Bs. As., 2001.

Zarlo, B. **“Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina”**. Ed. Ariel. Bs. As., 1994.